

Las raíces del castrismo

Luis Ortega

SI EL CASTRISMO SE ESTUDIA FUERA DEL CONTEXTO HISTÓRICO DE LA ISLA ES POSIBLE llegar a creer que se trata de un movimiento original y excéntrico. Esto es lo que les ha ocurrido a muchos extranjeros que *descubrieron* la isla alrededor del año 1959: carecían de los elementos de juicio necesarios para ubicar a Castro y a su movimiento y determinar el *centro* en torno al cual ambos giraban. Por otra parte, resulta evidente que los cubanos que podrían haber estado en disposición de ahondar un poco más en el conflicto han estado frecuentemente dominados por la preocupación de elaborar una estrategia para combatirlo y no se han dedicado a indagar las raíces del movimiento. El afán de propagandizar ha primado sobre la tendencia a la disección y el análisis.

La década del castrismo —que ha sido de intensa fatiga— ha servido entre otras cosas, para que se empiecen a secar, en algunos grupos, las glándulas que suelen segregar la *fobias* y la *filias*. Podría decirse que ya se advierte una tendencia a eliminar la mera prosa de propaganda para ir hacia un tipo de análisis más objetivo.

La progresiva matización comunista del castrismo sirvió para que se desviara la atención que éste merecía y se concentrara, casi por entero, en aquél, es decir, en el comunismo. Inicialmente, los impugnadores consideraron que se dañaba a Castro ubicándolo en el contexto comunista. Hoy, a los diez años, tal vez sería provechoso tratar de averiguar si esta matización comunista —o, mejor, la incorporación de los comunistas al castrismo— no sirvió realmente para sustraer al movimiento de su verdadero centro y darle una estatura internacional que de otro modo nunca habría podido adquirir.

Si observamos con cuidado cómo se inician las primeras corrientes de oposición al castrismo, después de 1959, veremos que éstas giran en torno a la creciente matización comunista del régimen. De hecho, ésta fue una estrategia basada en la convicción de que un régimen comunista era irrealizable a noventa millas de los Estados Unidos. A los diez años podemos admitir, sin ninguna dificultad, que *el régimen comunista era perfectamente realizable a pesar de la distancia*. La premisa era, por lo tanto, falsa.

¿Puede decirse, entonces, que la estrategia fue errónea? Esto es, ¿se cometió un error al soldar el castrismo al comunismo? Probablemente, no, al menos desde el punto de vista de la propaganda contra el régimen. Tampoco era posible negar las evidencias. La comunicación del castrismo era un hecho demasiado ostensible para poder ignorarlo. Sin embargo, hay que admitir que, al tomar esta sola dirección, el anticastro se convirtió, de hecho en un mero apéndice de la posición ideológica americana. Hubo en esto un cierto fatalismo. Enfrentarse al comunismo de Castro era tomar partido por Estados Unidos, y esta subordinación explica la esterilidad del movimiento.

La propaganda contra Castro, basada en su entrega al comunismo, sirvió para enturbiar aún más las zonas oscuras en las que habría sido posible rastrear los orígenes del movimiento. Ha sido, y es, difícil comprenderlo y definirlo porque nos hemos visto obligados por las circunstancias a olvidar de dónde parte el castrismo, cuál es su esencia y qué papel juega dentro del contexto histórico cubano. La estatura internacional que le ha dado el comunismo a Castro ha hecho imposible que se pudieran poner de manifiesto sus raíces locales. Lanzándonos dentro del terreno de las conjeturas, podríamos suponer que Castro nunca habría podido nuclear en torno a él a todos los grupos de oposición en el período que va de 1953 a 1959, ni tampoco habría podido ensanchar tanto su base internacional —y ni siquiera conseguir el apoyo comunista—, si su movimiento hubiera sido correctamente definido desde el principio y su excentricidad hubiera sido referida al centro de que emanaba. Paradójicamente, fueron los dirigentes comunistas cubanos *los únicos que tuvieron la audacia de mostrar una repugnancia inicial al castrismo*. Se basaban, por supuesto, en los orígenes del movimiento y en los mismos antecedentes personales de Castro. ¿Por qué cambian de táctica y se aproximan a Castro? ¿Por qué se entregan a Castro? No podemos tener dudas sobre esto. Fue el apoyo masivo exagerado, inexplicable, que los otros grupos de oposición concedieron a Castro, a partir de cierto momento, lo que impulsó a los comunistas a olvidarse de los antecedentes del personaje. La historia ha demostrado que cometieron un error. Porque Castro ha sido fiel a sus orígenes.

Ahora bien, ¿cuáles son esos orígenes? En un trabajo tan breve como éste es imposible adentrarse en el tema con la precisión y la documentación que sería de desear. Una historia del radicalismo cubano o de la violencia política en Cuba, desde el siglo XIX hasta nuestros días, exigiría una labor paciente de investigación. Porque no se trata de determinar las fuerzas políticas en presencia, sino las subyacentes. Por debajo de la vida política del país, a saltos, y especialmente en los momentos de crisis, ha estado fluyendo siempre una concepción radical y espeluznante de la vida social y política que, de un modo u otro, ha influido poderosamente en la política visible. Hay que admitir, mal que nos pese, que este submundo no tiene nada que ver con el comunismo y hasta ha estado en constante oposición al comunismo. Tampoco podemos eludir el reconocimiento de la fervorosa popularidad que han tenido siempre estas fuerzas secretas.

Limitando nuestra atención al siglo XX, podemos señalar el año 1931 como un año decisivo en el auge del radicalismo. Más o menos por esta época es que surge el ABC. ¿Qué nuevo ingrediente aporta el ABC a la conflictiva vida política del año 1931? Una doctrina exterior, bastante conservadora, elaborada por las mentes más lúcidas del país en aquel momento. Ya se habla de una *Cuba nueva*, lo cual supone la cancelación de la anterior. Ideológicamente se trata, pues, de un recomenzar político y social. Por debajo de la doctrina, sin embargo, avanza un movimiento de una violencia inusitada: *es el terrorismo indiscriminado*. La guerra total de que hablará Castro años más tarde.

¿De dónde toma el ABC el modelo de su organización terrorista? En un libro, publicado poco después del año 1933, Alberto Lamar Schweyer afirma que los dirigentes del ABC se inspiraron en la «*maffia*» italiana¹. El método de la violencia, totalmente nuevo

¹ Alberto Lamar Schweyer, *Cómo cayó el presidente Machado*, Espasa Calpe, Madrid, 1934, p. 22.

en Cuba, guardaba también ciertas semejanzas con el que empleaban los *gangsters* de Chicago, que entonces estaban en su apogeo.

A la caída de Machado, en 1933, el grupo que emerge con un mayor caudal de popularidad es, precisamente, el ABC. No por su doctrina, condenada al languidecimiento, sino por el hábil empleo de la violencia. No es difícil establecer un paralelo entre los *abecedarios* que invadieron las calles con sus escopetas recortadas en el año 1933 y los *barbudos* que lo hicieron en 1959. Tampoco podemos dejar de señalar que el entonces sargento Fulgencio Batista formaba parte del ABC, y algo del espíritu de violencia que animaba a la organización clandestina se transfirió a las Fuerzas Armadas a partir del 4 de septiembre de 1933.

De todos modos, quien recoge la bandera de la violencia es Antonio Guiteras, muerto en 1935. Guiteras, en quien se da la paradoja de un antiimperialismo anticomunista, empezó a ser, a partir del momento de su muerte, en 1935, una especie de misterioso apóstol. ¿Apóstol de qué? La doctrina de Guiteras está todavía por definir y debemos conformarnos con aceptar que su tesis política, hartamente confusa, se reducía al empleo de la violencia por la violencia misma.

Al desaparecer Guiteras, las fuerzas políticas quedan polarizadas entre Batista y Grau. Batista representa la violencia legalizada, uniformada, acuartelada. A partir de 1933, cuando se desmorona la institución militar, lo que queda —esto es, las fuerzas policiales y militares al servicio de Batista— actúa en forma hasta cierto punto gansteril. El sentido del honor militar queda reducido a la mínima expresión, lo cual explica por qué, años más tarde, las mismas *instituciones*, carentes de todo espíritu de cuerpo, se disponen escrupulosamente a establecer algunas complicidades con Castro, y llegan a la entrega del poder. Una orientación brutalmente materialista los impulsa a pactar con el más fuerte.

Al otro lado, en el exilio, está Grau administrando una cierta mística de la violencia elaborada durante su breve período presidencial. Su expresión es confusa. Su concepción revolucionaria no va más allá de lo simplemente emocional. Grau alimenta con vagas expresiones de estímulos a los grupos de acción que operan en la clandestinidad. La tesis insurreccional, sin objetivos definidos, está en el ambiente.

Y, súbitamente, en 1938, Grau San Martín escoge el camino de la política. ¿Qué ocurre entonces entre los elementos radicales adheridos a la tesis insurreccional? Prácticamente, queda al garete. Se funda entonces lo que se llamaría «Alianza Nacional Revolucionaria». En ella se refugian todos los llamados elementos de acción. Son anticomunistas precisamente porque son antibatistianos y los comunistas andan en complicidades con Batista. Al otro extremo, en el PRC (A), los elementos políticos, muchos de ellos en estrecha conexión con el gobierno de Batista, cargaban con el sambenito de *traidores a la revolución*. La ausencia de madurez política y la creencia de verdaderas convicciones morales impulsó a muchos de los elementos políticos a aplacar su complejo de culpa ayudando, por trasmano, a los grupos radicales que habían escogido el áspero camino de la lucha insurreccional. Una larga cordillera de mártires que habían quedado en el camino de la lucha revolucionaria servían de centinelas al mío. Se mataba por la revolución. Se traicionaba a la revolución. ¿Qué revolución? ¿En que consistía esta revolución? Todavía no ha sido posible definir ideológicamente a estos grupos. Evidentemente, había una cierta mística de la violencia en aquellos

que se mantenían firmes en su confusa posición. La política, por otro lado, avanzaba hacia la Constituyente de 1939, y se restablecía una cierta normalidad, pero el fanatismo revolucionario, refugiado en pequeños grupos, se mantenía vivo. El misterioso prestigio de que disfrutaban estos pupos de la violencia era visible en la opinión pública.

Cuando la policía de Batista mata a Pedro Fajardo Boheras, más conocido por «Manzanillo», la opinión pública se conmueve profundamente. Un miembro del Senado tan ecuánime como Jorge Mañach formula su protesta en pleno hemicíclio.

En el año 1940, cuando se celebraba una velada en el Teatro Principal de la Comedia, en conmemoración de la muerte de Rafael Trejo, los comunistas aprovecharon para hacerle un señalado servicio a Batista: asaltaron el teatro y agredieron a los grupos de la violencia que estaban reunidos allí. La guerra entre los comunistas y los *grupos de acción* quedó declarada.

En todo este proceso, por supuesto, hay grandes lagunas ideológicas que pueden resultar incomprensibles para los que no acepten las peculiaridades de estos desdoblamientos de la vida política cubana. Una de las más significativas es la posición anticomunista que adoptaron muchos de los elementos que estuvieron en la guerra civil española. En el conflicto español se mantuvieron al lado de los llamados «rojos». Y al regresar a Cuba se entregaron a la lucha contra los comunistas. La explicación está, por supuesto, en la ya mencionada solidaridad de los comunistas con el régimen de Batista desde el año 1918. No todos los ex combatientes de la guerra civil española siguieron el mismo camino. Algunos, tal vez los menos, se incorporaron al Partido Comunista, otros quedaron al margen. Un tercer contingente se sumó en la lucha insurreccional contra Batista. Probablemente, Fajardo Boheras, «Manzanillo», es el más destacado de estos últimos. Había estado estrechamente vinculado con el anarquismo español y al morir, a manos de la policía de Batista, su nombre se convirtió en un símbolo para los grupos de acción.

Estos grupos de acción operaron siempre en las ciudades, especialmente en la capital, en lucha contra las fuerzas policiales. Siempre ha sido difícil definirlos correctamente porque carecieron de un cronista apto para la tarea. La misma naturaleza clandestina de sus actividades ha servido para que hayan quedado envueltos en el misterio. Sus martirios oscilan entre la leyenda y la realidad. De hecho, eran *revolucionarios*. Durante mucho tiempo la prensa, temerosa, se refirió a ellos tildándolos de *elementos revolucionarios*. En los momentos de mayor auge lograron dominar una extensa red de pasivas complicaciones en la capital. Cualquier comentario de censura periodística, cualquier actividad judicial, cualquier informe que pudiera dañar la seguridad de las facciones revolucionarias era interpretado como un acto de *traición a la revolución*. La posibilidad de ser condenado a muerte por alguna de las facciones revolucionarias (en juicios secretísimos y expeditivos que ya prefiguraban la justicia revolucionaria que se inaugura en la Sierra Maestra y se continúa luego en el poder castrista) era tanto o más real que la amenaza del gobierno. Sin embargo, nunca se pudo definir correctamente en qué consistía la revolución que propugnaban. Jamás pudieron exhibir una ideología coherente. La mayor parte de los miembros de estas facciones misteriosas eran hombres de muy escaso bagaje intelectual. Sus propósitos no iban más allá de la búsqueda de una solución violenta. Manejaban armas, no ideas.

El hecho cierto es que en el proceso que va del año 1940 al 44 estos grupos entran en un periodo de descomposición interna. El régimen de Batista emplea el arma del soborno y logra penetrar las células secretas. Otros operan al servicio de los dirigentes políticos supuestamente opositoristas.

En 1944, cuando triunfa Grau San Martín, los grupos de acción salen a la luz pública y tienen que enfrentarse a la realidad del triunfo electoral. Ésta es la etapa de mayor corrupción de los insurreccionalistas. Grau los introduce en las fuerzas policiales. Algunos comienzan a especular. Otros mantienen una firme postura en defensa de lo que llaman *justicia revolucionaria*. ¿En qué consiste la *justicia revolucionaria*? Primero, castigar con la muerte a los viejos enemigos del régimen de Batista. Segundo, eliminar físicamente a los agiotistas y especuladores. Tercero, ejecutar a los miembros de sus propias filas que traicionaran a la revolución. La consigna es purificar a la revolución, salvar la revolución.

No es posible juzgar con ligereza las actividades de los grupos más austeros que se mantenían en una semiclandestinidad. El fenómeno excede en el de una simple actividad gangsteril. Es algo más complejo. Se puede dudar de la salud mental de los grupos más radicales de esta época, entregados por completo al mito revolucionario, pero no podemos poner en tela de juicio su honestidad o, al menos, lo que ellos entendían por honestidad. Ésta consistía en mantenerse como centinelas de una supuesta revolución en el poder y ejecutar a todos los que representarían un peligro para ella. Por medio del terror estos grupos llegaron a ejercer un dominio casi absoluto en todas las esferas sociales.

Emilio Tro es, probablemente, la figura más destacada en este período. No sobresale por sus ideas sino por su habilidad y rapidez en el manejo de las armas. Se decía que había estado en la Segunda Guerra Mundial. No predicaba con palabras sino con hechos. Su tesis era la de la violencia. No hay ningún documento en que se recojan las ideas que alimentaba el grupo de Tro. Solo nos ha llegado un *slogan*: *la justicia tarda, pero llega*. No puede negarse que el procedimiento expeditivo de la *justicia revolucionaria*, aplicado diariamente en aquellos días anteriores a 1946, disfrutó de una ancha base popular.

Por transmisión oral ha quedado la imagen de un impetuoso *dirigente revolucionario*, ausente de toda expresión programática, austero, casi ascético, que se movía por los vericuetos de la vida social y política de aquellos días, implacable con sus enemigos, audaz, con el dedo siempre en el gatillo de la ametralladora, y planeando en forma confusa, casi delirante, una toma del poder para salvar no se sabía exactamente qué revolución. Éste es el Emilio Tro que Fidel Castro conoce y admira y al que rinde vasallaje en sus primeros años. La impronta de Tro queda siempre en el alma de Castro. Los planes del grupo de Tro —a los cuales solo se puede llegar hoy por referencias verbales— consistían en la toma del poder para imponer un régimen revolucionario que castigara a los culpables. Hay que señalar, sin embargo, que Tro era violentamente anticomunista, no por convicción ideológica sino por las pugnas locales elaboradas al calor de la lucha contra el régimen de Batista. De modo que se trata de una revolución no comunista, no definida, sin un programa articulado. El grupo, en el cual se forja Castro cree febrilmente en la violencia como método. Nada más.

La afirmación que ha hecho Teodoro Draper es de una sorprendente exactitud, aunque lo cierto es que no fue a las raíces del castrismo, tal vez por la carencia de una documentación adecuada, debida, precisamente, a que los grupos que engendran a Castro, y al castrismo, se movían en una cierta zona de barbarie política. Dice Draper, tratando de encuadrar el castrismo: «Desde el punto de vista histórico el castrismo es, pues, un líder en busca de un movimiento, un movimiento en busca del poder y un poder en busca de una ideología. Desde sus orígenes hasta ahora ha tenido el mismo líder y el mismo camino del poder, pero ha cambiado su ideología»².

El movimiento de Tro, que en ningún momento salió de la esfera de lo delirante, se frustró en 1946, al ocurrir la matanza de Orfila. El año de 1946 es decisivo en las actividades *revolucionarias* de los grupos. Es precisamente en ese año cuando los grupos de acción quedan definidos como *gangsteriles*. El descrédito más absoluto cae sobre los hasta ese momento considerados *dirigentes revolucionarios*. En adelante no volverán a levantar cabeza. Unos quedan en la tumba y otros van a la cárcel. El resto queda al garete. Castro es de los que evolucionan rápidamente para sustraerse al descrédito de su militancia juvenil en las pandillas.

En la rebusca de los orígenes del castrismo se ha cometido el error de simplificar excesivamente las cosas encuadrando a Castro dentro de una actividad simplemente gangsteril, lo cual no es enteramente cierto, porque se ignora deliberadamente que la etapa del *gangsterismo* corresponde al momento final de los grupos de acción. Antes de caer en el *gangsterismo* estos grupos habían sido otra cosa. Y en esa otra cosa, en ese ambiente de violencia delirante, de justicia expeditiva, es donde hay que ir a buscar las raíces más hondas del castrismo. La conducta posterior de Castro resulta perfectamente explicable si se refiere al centro de donde emana. La gran aportación de Castro a las luchas políticas de Cuba consiste, precisamente, en haber trasplantado la dinámica de las pandillas a las zonas rurales, lo cual en 1956 parecía irrealizable. Las desacreditadas pandillas del año 1946 llegan a jerarquizarse en el proceso que va del 56 al 59 con el nombre, más sugestivo, de *guerrillas*. El carácter delirante es el mismo. El método es similar. Los códigos que se aplican son los mismos. La terminología se ajusta a la de los grupos de acción. La ausencia de una doctrina sigue predominando en la guerrilla. El proceso insurreccional que había fracasado en las zonas urbanas logra cuajar en las rurales.

Los comunistas condenan el ataque al Cuartel Moncada y el desembarco de Castro en 1956 porque ellos ven estos dos actos una reanudación del mismo proceso que les había sido hostil en años anteriores. Es necesario señalar que los comunistas cubanos carecieron siempre del espíritu de rebeldía que fue la característica de otros partidos políticos. No participaron en la lucha contra Machado e inclusive llegaron a establecer algunas complicidades con la dictadura en sus momentos finales. Tampoco participaron en la lucha contra la dictadura de Batista, y en 1938 se asociaron a él. Esto explica por qué los movimientos insurreccionales habían sido siempre hostiles a los comunistas. Básicamente porque ellos habían siempre combatido los movimientos de rebeldía.

² Theodore Draper, *Castrismo, teoría y práctica*, Frederick A. Praeger, New York, 1966, p. 71.

Antes del 10 de marzo de 1952, fecha del golpe de Estado de Batista, los grupos de acción estaban totalmente desacreditados. Estaba en vigor una *Ley contra el gangsterismo* que iba dirigida a ellos. Sin embargo, el golpe militar del 10 de marzo sirve para reactivar los grupos de acción. Un nuevo movimiento insurreccional clandestino se pone en marcha, esta vez liderado por elementos políticos más propicios a las teorizaciones que a la lucha armada. Los supervivientes de los antiguos grupos retornan a sus actividades al menos en la teoría. De hecho, no hicieron nada. En ese ambiente de vacilaciones, el que da un paso al frente es Castro cuando asalta el Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. En la tradición de los grupos de acción estaba siempre vivo el recuerdo del asalto al Cuartel de San Luis, realizado por Antonio Guiteras durante los primeros años de la lucha contra Machado.

La actitud de los comunistas cubanos fue muy correcta si se tienen en cuenta sus antecedentes y los del propio Castro. Dijeron entonces:

«Repudiamos los métodos putschistas propios de facciones políticas burguesas, empleados en la acción de Santiago de Cuba y de Bayamo, que fue un intento aventurero para apoderarse de ambos cuarteles generales del ejército. El heroísmo desplegado por los participantes en la acción es falso y estéril y está guiado por concepciones burguesas erróneas»³.

Esto quiere decir, sencillamente, que a los pocos días de la acción del Moncada los comunistas cubanos, fríamente, evaluaron a Castro teniendo en cuenta sus antiguas vinculaciones con los grupos de acción tradicionalmente hostiles al comunismo y llegaron a la conclusión de que lo que había hecho Castro era reanudar el aventurerismo insurreccional. Mientras todo el país, e inclusive sus dirigentes políticos más sagaces, se disponía a elaborar y atacar un nuevo mito, los comunistas, acostumbrados al análisis objetivo, definían a Castro y lo *ubicaban en la zona de la que nunca debió haber salido*.

Cuando en el año 1956 se acusa a Castro de ser comunista, la respuesta de éste fue también muy correcta si la consideramos desde el punto de vista de sus antecedentes. He aquí sus palabras:

«¿Qué moral tiene el señor Batista para hablar de comunismo si fue candidato presidencial del Partido Comunista en las elecciones de 1940, si sus pasquines electorales se cobijaron bajo la hoz y el martillo, si por ahí andan las fotos junto a Blas Roca y Lázaro Peña, si media docena de sus actuales ministros y colaboradores de confianza fueron miembros destacados del Partido Comunista?»⁴.

El tono era el mismo que usaban los grupos de acción en las declaraciones anticomunistas que solían hacer durante el período 1938-44. Castro se mantenía fiel a sus orígenes. Todavía unos pocos meses antes de la expedición del «Granma» era evidente que cada cosa estaba en su sitio. Las campañas de propaganda realizadas posteriormente,

³ *Daily Worker*, New York, 5 de agosto de 1953.

⁴ Fidel Castro, «¡Basta ya de mentiras!», *Bohemia*, La Habana, Cuba, 15 de julio de 1955.

dirigidas todas ellas a concederle a Castro un bagaje ideológico que no tenía y que no podía adquirir, sirvieron para presentar como nuevo, original, y hasta con un barniz internacional, lo que simplemente podría ser ubicado dentro de las coordenadas del delirante y confuso radicalismo cubano.

El 27 de febrero de 1957 el Comité Nacional del Partido Socialista Popular dirige al Movimiento 26 de Julio una carta más moderada en la que expresa su «radical discrepancia con las tácticas y los planes propuestos por Fidel Castro». Es obvio, sin embargo, que para esta fecha ya el PSP está favorablemente impresionado por la beligerancia que los otros sectores políticos le han dado a Castro. Los comunistas estaban cometiendo un error que algún día iban a pagar muy caro.

Ernesto Guevara tampoco se equivocó en su juicio inicial sobre el naciente movimiento castrista. Ricardo Rojo cuenta en su libro *Mi amigo el Che* lo siguiente:

En un cafetín de San José, conversando de mesa a mesa, nació la relación con otros exiliados políticos, jóvenes como nosotros, que llevaban poco tiempo en el lugar. Formaban un grupo desordenado y bullicioso, discutían de política y de mujeres con verdadera pasión y tenían, como nosotros, problemas económicos para vivir en un país donde conocían a pocas personas importantes. Eran los cubanos del 26 de julio de 1953. Los conocimos en San José, en enero de 1954. Relataban historias impresionantes, la masacre que siguió al fracaso del asalto al cuartel Moncada, y el terrorismo de las ciudades, que comenzaba a ensangrentar las calles de Cuba. Para Guevara tanto como para mí, aquellos muchachos entusiastas se internaban en un terreno fantástico. Hablaban de fusilamientos, sumarios, atentados con dinamita, ejercicios militares en el interior de las universidades, secuestros, y descargas de ametralladora con una naturalidad que nos hacía dar vueltas la cabeza. Luego se despedían, iban a vender por las casas zuecos de baño que habían fabricado con sus propias manos, o a cobrar los cheques que las familias o los camaradas les enviaban desde Cuba o los Estados Unidos. Fue de boca de uno de ellos de donde Guevara tuvo la primera información concreta sobre la existencia de Fidel Castro.

Pero en San José a Guevara sólo le provocaban una incredulidad burlona, y más de una vez clausuraba el patético relato de los cubanos con una frase:

—Oigan, ¿y ahora por qué no se cuentan una película de cow-boys?»⁵.

Guevara condenó inicialmente el carácter aventurero y desordenado del castrismo. Y esta actitud la mantuvo hasta que se entrevistó con Castro en Méjico. No es posible negar que los orígenes de Guevara eran totalmente distintos a los de Castro y que su vocación política era más seria.

Si se analiza cuidadosamente el proceso de la Sierra Maestra se podrá ver que el esquema de organización de las guerrillas corresponde exactamente al de las pandillas urbanas a que había pertenecido Castro hasta 1946.

El grupo que sobrevive con Castro, y que es posiblemente el que más afinidades tiene con él con la excepción de Guevara, no se diferencia en nada del personal huma-

⁵ Ricardo Rojo, *Mi amigo el Che*, Edti. Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1968. pp. 56-57.

no que se afiliaba a los grupos de acción en años anteriores. Se trata de hombres de muy bajo nivel intelectual, sin escrúpulos morales, sin orientación política de ninguna clase, extraídos en su mayor parte de los bajos fondos sociales. Siguen a un jefe, en este caso Fidel Castro, sin importarles; para qué ni cómo.

El método empleado para lograr la *adhesión* de los campesinos es en todo similar al que empleaban las pandillas en años. Por supuesto, se trata de un largo y paciente esfuerzo. Al principio solo pueden contar con aquellos que mantienen algún tipo de complicidad con Crescencio Pérez. Los otros son siempre sospechosos. En general los campesinos temen al más fuerte, al que pega más duro, en este caso el ejército. Muy pocos se sienten inclinados a la rebeldía.

Castro perfecciona un sistema de *saneamiento revolucionario*. Los que no apoyan decididamente a la revolución son acusados de traidores. «La revolución debe ser implacable con sus enemigos», es la consigna. Necesita cierto tiempo para ir infundiendo el terror en la masa campesina. Es una operación compleja. El grupo rebelde paga a los campesinos por todos los víveres que recibe de ellos y hasta alardea de cortesía y fraternidad. Pero les exige a cambio una fidelidad absoluta. Cualquier transgresión del misterioso estatuto revolucionario representa una segura condena a muerte. Es cierto, que se le da al acusado la oportunidad de hacer sus descargos. Pero se trata, en rigor, de una simple formalidad. La condena es inevitable cuando existe la más ligera sospecha de traición. ¿Pero qué es traición? Traición es no obedecer a la revolución, traición es no servir a la revolución, traición es tratar de mantenerse al margen.

Los métodos de terror rural que empleaba el ejército habían sido siempre más burdos. Despojos, golpes, injurias, y sin ninguna cubierta de formalidad jurídica. El castrismo varió el procedimiento. Los que se mostraban tibios en sus relaciones con los rebeldes pasaban inmediatamente a ser considerados sospechosos de traidores a la revolución. Invariablemente resultaban fusilados después de un relampagueante juicio. Lo importante, naturalmente era darle la mayor publicidad al juicio y a la condena para sembrar el terror entre los campesinos. En los primeros tiempos, los rebeldes se hacen pasar por miembros del ejército para capitalizar la larga tradición de terror de que disfrutaba la guardia rural. Después de un cierto tiempo, y cuando ya el *terror revolucionario* se ha impuesto, se invierten los términos. Los soldados del gobierno tienen que hacerse pasar por rebeldes para poder avanzar en la Sierra Maestra.

Básicamente, es el mismo sistema de *terror revolucionario* que las pandillas lograron establecer en la capital en su momento de auge. Comerciantes, funcionarios, profesionales, periodistas, estudiantes, todas las clases sociales, se veían obligadas a brindar algún tipo de colaboración a los revolucionarios. En la Sierra Maestra el procedimiento se intensificaba. Ya en el poder, y durante diez años, logran perfeccionarlo aún más.

La tesis expuesta por Guevara, y tan sólidamente argumentada por Regis Debray, en el sentido de que la jefatura del movimiento insurreccional debe residir en la guerrilla, es, en realidad, una tesis de Castro. Ya en sus cartas escritas desde el Presidio de Isla de Pinos, antes de 1953, habla Castro de una *jefatura implacable*. Es el mismo principio que rige la formación de las pandillas. La voluntad del jefe es omnímoda. El jefe es aquel que pega más duro. El que esgrime mejor la ametralladora. El más audaz. Castro manejó esta concepción de la jefatura con mucha habilidad. Inicialmente existía una «Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio», la cual, supuestamente, tenían que acatar los

alzados de la Sierra Maestra. La Sierra estaba subordinada al *Llano*. Frank Pais y Jorge Sotús, por ejemplo, trataban a Fidel Castro como si fuera un subordinado. Le transmitían las órdenes de la Dirección Nacional como si fueran de estricto cumplimiento. Si Castro hacía alguna sugerencia le escuchaban y tomaban notas; pero le aclaraban que la Dirección Nacional decidiría. Esta situación cambió cuando Frank Pais fue asesinado y Fidel Castro impuso a Faustino Pérez como sustituto. Siempre ha subsistido la sospecha de que Frank Pais fue delatado porque estorbaba, lo cual encaja perfectamente dentro del *modus operandi* de las pandillas. La jefatura de Castro, dentro y fuera de la Sierra, quedó plenamente consolidada cuando utilizó un procedimiento tan poco escrupuloso como el de designar emisarios que pactaran con los otros grupos opositores para después, abruptamente, desautorizarlos.

Lo que he tratado de mostrar, en forma bastante somera, es el centro en torno al cual gira la personalidad de Castro, y por lo tanto su movimiento, es el de los expeditivos grupos de acción, más tarde llamados pandillas, que durante muchos años operaron en el subsuelo cubano, y a los cuales estuvo formalmente adherido Castro en sus primeros años. Paradójicamente, los comunistas fueron los primeros en advertir y denunciar la naturaleza del naciente castrismo, aunque después se sometieron en forma funesta para ellos.

El hecho de que se haya puesto, por razones de propaganda, excesivo énfasis en destacar los *orígenes* comunistas del castrismo y de su jefe ha servido admirablemente a los propósitos de éste. Ha dañado, ciertamente, al comunismo internacional pero le ha dado una jerarquía ideológica a un movimiento que no la tenía y ha permitido que sus orígenes, esto es, los orígenes de Castro, se pierdan en el pozo del pasado.

En los últimos 35 años hemos visto el crecimiento de las pandillas revolucionarias cubanas desde los modestos cubiles que ocupaban en los años treinta y tantos hasta el ámbito internacional. Ha sido, evidentemente un extraordinario desarrollo. Lo que empezó en la capital se continuó en la Sierra Maestra, se extendió luego a todo el país, permitió más tarde la conquista del poder absoluto y ha estado pugnando desesperadamente por hacerse continental.

A pesar de su largo itinerario ideológico, Castro se ha mantenido fiel a sus orígenes. Su estilo es el de los orígenes. Si se analiza su actividad *revolucionaria* se podrá advertir que hay en ella varias constantes invariables. El modo de ejercer el poder, rechazando toda forma de institucionalización, es el típico del nomadismo de las pandillas. Lo más característico del *régimen* cubano es su carencia de una *sede*. Esto se explica perfectamente por el hecho de que Castro es el *régimen*. Y en diez años Castro no ha abandonado el nomadismo que era la práctica de las pandillas.

La tensión interna del peculiar régimen cubano, sometido siempre a fuerzas depuradoras que lo modifican constantemente, es otra de las herencias de las pandillas. En diez años han ido desapareciendo todos los colaboradores de Castro, y debe continuar el proceso de depuración, porque la norma en la pandilla consiste en mantener una vigilancia constante, una desconfianza constante, una movilidad constante. La pandilla no puede sobrevivir sin estas condiciones: *vigilancia, desconfianza, movilidad*. Dentro de ese marco nadie está seguro, y mucho menos los comunistas.

El modo de operar de Castro durante estos diez años nos permite suponer que todavía no podemos dar por terminado su vagabundeo ideológico. Castro sigue sin *sede*

y sin *fede*. La posibilidad de que en algún momento logre desprenderse del para él penoso yugo soviético con el fin de emprender un nuevo camino sorprendente no puede ser descartada. Al cabo de diez años, y después de haber puesto tanto énfasis en destacar su militancia comunista, lo cual ha servido para desvirtuar su verdadera personalidad, nos queda por ver lo que puede ocurrir cuando se despoje del manto protector del marxismo.

El castrismo tiene, sin embargo, un período ascendente y otro descendente. El *climax* es la crisis de octubre de 1962. A partir de ese momento se inicia un largo y penoso descenso. La estrategia del secuestro de aviones parece un retorno a las viejas fórmulas de la pandilla.

Tomado del libro *10 años de revolución cubana*,
Editorial San Juan, Puerto Rico, 1970



El hombre siniestro

Prohías